

La justicia

Génesis 2 nos permite vislumbrar nuestra creación: «Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.» El vocablo hebreo usado para viviente es *alma* y no se lo utiliza para ninguna otra parte de la creación. El vocablo *alma* nos revela y mantiene el sentido que las huellas digitales de Dios han tocado nuestra propia esencia mientras nos creó a su imagen.

Desde un aborigen de Australia, pasando por la Reina de Inglaterra hasta un niño jugando en una calle de Río de Janeiro—todo ser humano tiene la inmensa dignidad de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. Este valor significa que el maltrato de *cualquier* persona no es acto pequeño. Las Escrituras atestiguan el vehemente deseo de Dios de proteger a los que el mundo excluiría o explotaría. El corazón de Dios late con un profundo anhelo de justicia: el trato correcto a cada persona.

La justicia en la Escritura

Amós comparó la justicia con un impetuoso arroyo (5.24). Verdaderamente, la justicia es uno de los temas más grandes que corre por la Escritura. Pero, ¿exactamente qué es la justicia?

Primero, la justicia está equiparada con el hacer lo correcto. Isaías escribió: «Así dijo Jehová: Guardad derecho, y haced justicia» (56.1).

Segundo, a veces la justicia está vinculada con la rectitud: «Me vestía de justicia, y ella me cubría; Como manto y diadema era mi rectitud» (Job 29.14). La justicia también requiere que tratemos a los demás con cortesía, misericordia y compasión: «Así habló Jehová de los ejércitos, diciendo: Juzgad conforme a la verdad, y haced misericordia y piedad cada cual con su hermano» (Zacarías 7.9).

El contexto en el cual la justicia aparece más frecuentemente tiene que ver con el trato de personas vulnerables. La justicia para los privados de derechos civiles era un estribillo en la ley que Dios le dio a Moisés: «No torcerás el derecho del extranjero ni del huérfano, ni tomarás en prenda la ropa de la viuda» (Dt. 24.17).

A pesar de estos mandamientos, el cuidar de los marginados no era el punto fuerte de los Israelitas. Siglos más tarde, Dios redarguyó a su pueblo por no buscar la justicia:

Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda (Is. 1.16-17).

Casi todos los profetas después de Isaías expresaron palabras similares de reprobación (Jer. 21.12; Ez. 22.29; Os. 12.6; Amós 5.15; Mi. 3.1-2; Zac. 7:9). Jesús profundizó en el tema más allá de los profetas:

!!Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. (Mt. 23.23)

Las personas que sufrían injusticia en la Biblia solían experimentarla económica y judicialmente. Las formas de injusticia económica incluyen el robo (Is. 61.8), la extorsión (Ez. 22.29), el cobrar interés excesivo (Ez. 22.12), el no pagar un sueldo justo (Jer. 22.13), el crear riqueza a expensas de los pobres (Amós 4.1) y el mostrar favoritismo hacia los ricos (Lev. 19.15). La injusticia judicial incluye el aceptar sobornos (1 Samuel 8.3), el dar testimonio falso (Isaías 29.21) y el quitar el derecho a los afligidos (Is. 10.2).

La relación de Dios con la justicia se define en términos muy claros. Dios dice indudablemente: «Porque yo Jehová soy amante del derecho» (Isa. 61.8). Las decisiones de Dios son justas (Jer. 30.11; Hch. 17.31), usa su poder para establecer la justicia para los afligidos (Sal. 10.17-18; 103.6). Pero no se establece la justicia perfectamente hasta la Segunda venida de Cristo.

Como los creados a la imagen de Dios, tenemos la responsabilidad de dedicarnos a la justicia. Pero es posible que sea fácil leer estas escrituras sin ver la aplicación directa a nuestra vida. Después de todo, la mayoría de nosotros no está oprimiendo a los demás de esta manera. Es posible que nos preguntemos, ¿qué podemos hacer cuando tomamos en cuenta las cuestiones sociales tan complejas de hoy en día, tales como la pobreza o el racismo?

Es probable que no podamos borrar la pobreza o la discriminación del mundo. Pero podemos ser influyentes en las vidas de los que han estado excluidos o marginados.

En las Escrituras, las personas que recibían más ostensiblemente la opresión eran aquellos cuyo poder y cuya situación social habían disminuido a causa de la pérdida de un padre, marido o país. La sociedad los veía como diferentes de la corriente principal, y por lo tanto, muy fácilmente se abusaba de ellos.

Muchos de los que sufren injusticia hoy en día experimentan la misma exclusión. Las diferencias raciales, culturales y socio-económicas nos facilitan el uso de etiquetas y cuando creemos que alguien es «distinto de nosotros», lo que sucede casi subconscientemente, lo excluimos y no puede participar como igual en nuestra vida ni en nuestra comunidad. Esta es la génesis de la injusticia.

Una vez que comenzamos a darnos cuenta cómo la injusticia empieza en nuestro corazón, debemos hacernos esta pregunta: «¿Cómo veo y trato a las personas que son diferentes?

Por naturaleza tendemos a evitar a tales personas porque hacen que nos sintamos incómodos. Al hacerlo pues, les damos la idea que no son dignos de relacionarse con nosotros. ¿En vez de eso, estamos dispuestos a edificar relaciones honestas con las personas que son diferentes? ¿Estamos dispuestos a abrazarlas—literal y figurativamente? Los leprosos, los marginados, los publicanos y los pecadores querían estar con Jesús. ¿Por qué? Porque no solamente los tocó, sino también los aceptó.

El aceptar y el abrazar a los diferentes es el primer paso hacia el establecimiento de la justicia en nuestras esferas de influencia. Mientras aprendemos a hacer esto, podemos observar de mejor manera el paisaje y, por tanto, podemos preguntarnos: ¿Cuáles son otras formas de exclusión y maltrato a las que son sometidas las personas diferentes? Comenzaremos a descubrir nuevos modos de actuar como agentes de justicia en la iglesia y en nuestras comunidades.

Dios anhela que su puebla sea compasivo con los que han estado excluidos y maltratados (Is. 58.6-10). El Señor anhela ver a todos tratados como hijos suyos.

Dane Boyles
Leander, Texas & Cuenca, Ecuador